

C A R A Y C R U Z

Por IGNACIO AGUSTI

los caminos de europa

DESDE la frontera hasta Frankfurt, la autopista es una larga veta de asfalto que horada la Selva Negra y deja a los lados, a trechos, centros vitales de la Baviera que crece junto al Rhin. Habíamos arribado a Estrasburgo muy metidos en noche y nos paramos en la ciudad carolingia para contemplar, como un milagro, la tremenda realidad de la catedral iluminada. No cabe en el corazón asombro mayor que el de esa oparición nocturna y fantasmal, alegoría de todas las vigencias de Europa. Dominadora del plafón de la noche estrellada, la mole de piedra de la catedral, de un color cobrizo que parece un fuego dormido, levanta sus aristas y enseña sus bordados en mitad de una urbe que todavía, en sus contornos, es la ciudad medieval de tejados de pizarra sobre los que resbalan la niebla y la humedad, la piedra, la tierra y la madera, están ahí decorados en milligramos y toda la villa semeja un salón para la liberación y el sosiego humanos. El río Inn cruza la vieja Estrasburgo por todos lados. Los ochenta y cinco pequeños puentes de la ciudad, urdimbre de canales, la comparan a una Venecia aldeana, al abrigo de intrigas o de fulgores románticos. Sueña el paso del agua en las encrucijadas y hay un reflejo líquido en los decorados frentes de la piedra, sobre los labrados postigos. Mas sobre todo ello, inmutable, imponente, está la catedral, con un rosetón tremendo, en el que cabe el universo entero. Con sus pilares y sus arcadas verdaderamente bordadas, seda infinita, brocado mineral y arabesco sutil de granito, aquella maravilla es el corazón vigoroso y sangrante de una vieja Europa patricia, guerrera y creyente.

Con la visión indeleble de esa catedral, cruzamos la frontera y nos metimos en el tapiz de la autopista. Entrar en ella es dejarse llevar. El conductor no debe de hacer aquí nada más que eso: dejarse llevar. Pero de entre todos los peligros que puede correr un conductor en la carretera, ninguno es semejante al de la monotonía. De noche, la zanja blanca del asfalto, que viene en contra nuestra a una velocidad de ciento treinta kilómetros hora, se hace obsesiva y peligrosa. El conductor del automóvil aspira a ejercitar sus reflejos en las sinuosidades y en la sorpresa de un camino que pueda improvisar sus trances de acuerdo con el paisaje. No le falta más que un detalle a la larga autopista para ser perfecta: Que automaticamente también al conductor, cuya característica, incluso etimológicamente, es la conducta, es decir, la capacidad de reaccionar intuitiva o improvisadamente a cada paso. No exigirle nada al conductor, no exigirle siquiera una conducta, es añadirle simplemente a una máquina, y contra eso se revuelve en largas horas de camino la condición humana.

Pero, en fin, al fondo, bajo flecos de niebla, estaba Frankfurt del Maine, extraordinaria capital del negocio y del comercio del libro en esos días de la Feria anual de los editores de todo el mundo. Y allí varamos, a media noche, rendidos de fatiga.

Yo soy un viejo huésped de Frankfurt del Maine. Estuve allí en el otoño del año crucial de mi vida y de la vida de muchos. En 1936, Frankfurt era también un centro pintoresco y activo de la vieja Europa. Hoy, es Frankfurt algo muy distinto, algo que no es fácil de explicar en pocas líneas. Recordamos el fino empaque que tenía la pequeña plaza de Altmarkt, el vértice multiplicado que tenían las fachadas de las estrechas casas de la Plaza, entre las que estaba la casa de Goethe. Un dédalo de ca-

llejas nos llevaba a la catedral por pasadizos perfumados del olor a hortalizas y, sobre todo, del olor de marca histórica del espíritu batallador de los Indómitos francos. Y de olor a río cruzado por la hueste romana. Todo ello quedó planchado en la última guerra. Cuando, en marzo de 1950, volvimos a Frankfurt, nos detuvimos largo rato en los lugares en que presuñamos que debía haber estado tanta antigüedad. No quisimos auxiliarnos en las guías y los mapas y nos fiamos sólo de nuestro nostálgico corazón. Pero todo fue inútil; tuvimos que rendirnos y mirar a los libros. Sólo las agujas de la catedral —la piedra, mucho menos ilustre que la de Estrasburgo, pero piedra— quedaron en pie. Hoy, la casa de Goethe ha sido reconstruida casi desde su planta y hay un poco, junto al Maine, de aquella ilusión bombardeada.

Pero la ciudad entera ha cambiado totalmente su faz. De día, Frankfurt es una urbe de aluminio, de cristal, de hierro y de cemento. El milagro alemán es, en lo urbanístico, una tramoya veloz de reconstrucciones perentorias a base de los materiales de nuevo cuño, de las aleaciones y de los plásticos. Cuando, en plena reconstrucción, en el año 1950, se mezclaban los apilados escombros de las casas burguesas, del XIX con las edificaciones

la feria del libro

Pero en Frankfurt hay estos días un objetivo concreto, un quehacer inexcusable. Se celebra la Feria Internacional del Libro, que es una de las concentraciones comerciales más significativas del mundo occidental en los tiempos actuales.

Este es el quinto año en que acudimos a Frankfurt por estas fechas. Hemos tenido, pues, ocasión de seguir continuamente la marcha de la Feria del Libro, desde el principio de su época de madurez.

La Feria del Libro no sólo es hoy día un centro de contratación editorial impresionante. Es también una confrontación y un ámbito de reunión y diálogo de alta significación. Si el libro es una entidad universal y un vehículo de cultura sin fronteras, según se dice y se sabe, la Feria del Libro, armoniza, congrega y familiariza entre sí a los editores de todos los países.

La impresión que se tiene al llegar a la Feria del Libro es la de absoluta inocuidad humana e intelectual ante las toneladas de papel impreso, encuadernado y, por tanto, sólo de algún modo escrito, que se exhiben en la Feria. Al pasar, el resto del año, ante los escaparates de las librerías, a veces nos aturde el manantial de obras que incesantemente sale de las prensas. Pero ver al conjunto de ese manantial remansado en un océano, todo a la vez, da casi escalofrío. ¿Es posible, pensamos, que la humanidad sea capaz de digerir todo eso? Están en Frankfurt los libros que existen o que se preparan en todo el mundo para la temporada próxima, y que suman docenas de millares de títulos. Al pronto, advertimos, sin embargo, que no es preciso que todos esos libros sean propiamente eso que llamamos para entendernos la «cultura». Este nos parece ahora un vocablo un tanto intimista y decimonónico, quizá excedido por los

modernísimas de nueva planta, nos parecía asistir a un arrumbamiento rápido, público y definitivo de un sistema de vida.

Ahora ya no están los apilados escombros y permanece sólo esta nueva ciudad bancaria y mercantil, que tiene un desparpajo funcional, una prisa increíble y una frialdad a veces trágica y a veces hermosa.

En realidad, hay dos ciudades de Frankfurt complementarias y como superpuestas: la diurna y la nocturna. La primera es la que hemos descrito, de cinc, de aluminio, de cristal y de yeso. La segunda es una ciudad de tubos neón y luz fluorescente. En el momento en que se encienden esas luces, nos podríamos situar en cualquier lugar que ya no fuera siquiera europeo. Frankfurt, de noche, va disfrazada de ciudad americana. Podría ser una capital innominada, en Kansas o en Texas. Incluso el ambiente de los locales nocturnos, y el atuendo de las muchachas noctámbulas, y los ademanes de los teddy-boys o indígenas, y la multiplicidad de los viajeros y del tránsito, la despersonalizan y la americanizan. El espíritu alemán y el nimbo de Goethe quedan anegados en una internacionalidad de postguerra, que es la terrible digestión de las bombas.

acontecimientos, las intenciones y los abusos. Una gran porción de esos libros son, más que «cultura», ilustración, concepto ese que se entremezcló con la cultura en el siglo XVIII y cuyo sentido, en la vaguedad de los conceptos, nos parece ahora claro. La «ilustración» era ese barniz de conocimientos que podía prometer a un tipo humano e intelectual cierto alarde sabihondo, en salones y mítines, sin necesidad de saber propiamente el latín. Pues las docenas de millares de libros que vemos estos días en Frankfurt son, casi todo, libros de ilustración y no de cultura. Empieza el hecho, en que, ciertamente, además de ilustrantes, los libros que vemos, acostumbra a ser ilustrados. Es decir, son libros en que la fotografía o la imagen ocupan un papel principal contra el secundario del texto. Los libros han dejado de ser un «vehículo» intelectual para ser un «objeto». Los hay en bellas cajas de madera, como cigarrillos habanos. Los hay en piel, como los bolsos de las señoras. La celofana o el plastificado los identifica con la bisutería. Algunos libros parecen de cristal, como si contuvieran licor. Si verdaderamente quisiéramos leer hoy el «Quijote», deberíamos refugiarnos en una edición no más reciente que la última guerra. Ante los Quijotes más recientes, tenemos la impresión de que no es necesario leer el libro de Cervantes y que nos basta con tocarlo.

El problema del libro y sus múltiples vertientes, nos ha llevado de la mano estos días y apenas hemos tenido el tiempo necesario para pararnos a leer siquiera el periódico.

¿Qué ocurre en el mundo? ¿Qué pasa con nuestra veterana «mania de pensar»? ¿Dónde estamos? Ciertamente, estamos en Frankfurt, pero nuestra mente y nuestra alma son hoy una cuatricromía, y nuestro corazón lleva puesta una sobrecubierta plastificada, sin título aún.